

CAPITULO XVIII

CONCLUSIONES EMPIRICAMENTE CONTRASTADAS

En el primer capítulo se afirmó que este estudio sería considerado como un intento de contrastación empírica, en un caso concreto, de una teoría del proceso por el que el pensamiento científico se desarrolla, la teoría que allí se esbozó. El punto puede ser aquí reiterado con todo el énfasis posible. Este estudio ha intentado, en su totalidad, ser una monografía *empírica*. Se ha ocupado de hechos y de la comprensión de hechos. Las proposiciones presentadas se han basado en hechos, y se han dado constantemente, en notas a pie de página, referencias directas de las fuentes de estos hechos.

El que los fenómenos de los que se ha ocupado el estudio resulten ser las teorías que ciertos escritores han sostenido acerca de otros fenómenos no cambia las cosas. El si han sostenido o no, como aquí se interpreta, las teorías estudiadas es una cuestión tan de hecho como cualquier otra, que debe ser contrastada por el mismo método: el de la observación. Los hechos, en este caso, se refieren a las obras publicadas de estos escritores. Pertenecen a una clase de hechos, las expresiones lingüísticas, necesariamente muy estudiados. La observación de esta clase de fenómenos implica la interpretación de los significados de los símbolos lingüísticos empleados en estas obras. Debe convenirse que esto es observación empírica; de otro modo, habrá que negar un status científico, no sólo a este estudio sino a todas las obras de los escritores aquí tratados, y a todas las demás que impliquen el aspecto subjetivo de la acción. Tras la exposición de los capítulos anteriores, no hay necesidad de insistir más sobre este punto. Pero, con la

excepción de un conductismo radical y congruente, apenas si cabe dudar del status del material en cuanto hechos empíricos observables.

Cierto que este estudio no se ha ocupado de las teorías sólo en cuanto fenómenos empíricos. Ha realizado también alguna teorización explícita por su propia cuenta. Pero, de acuerdo con la visión de la ciencia aquí mantenida, no sólo sucede que esto está bien y es adecuado en una monografía empírica sino que es completamente indispensable. Los hechos no cuentan su propia historia. Deben ser interrogados. Deben ser cuidadosamente analizados, sistematizados, comparados e interpretados. Como sucede con todos los estudios empíricos, éste se ha ocupado tanto de explicar las implicaciones de algunos hechos como de establecer los hechos originales. La observación y el análisis teórico han estado en estrechas relaciones de interdependencia. Sin una teoría de interpretación, muchos de los hechos acerca de las teorías de estos escritores, sobre los que se ha hecho el mayor hincapié, no habrían sido importantes y, si se hubiesen observado de algún modo, no hubieran llevado a conclusiones teóricas. Pero, del mismo modo, la teoría hubiera permanecido estéril si no se hubiese visto continuamente contrastada por la observación. Desde luego, en el proceso de desarrollo del estudio, la teoría misma ha sufrido una continua modificación y reformulación. Como es normal en tales estudios, sólo la versión final ha sido realmente enunciada.

En estos términos, pues, las observaciones finales se dividirán en dos partes. El presente capítulo se dedicará a enunciar las pruebas en pro de ciertas conclusiones que, se mantendrá, han sido definitivamente establecidas, sobre bases empíricas, por el precedente estudio. El capítulo siguiente, el final, se ocupará de desarrollar unas cuantas de sus implicaciones metodológicas. Estas son, en la medida en que se puede ver ahora, implicaciones legítimas de las conclusiones empíricas a las que se ha llegado. Pero no se pretende que sean establecidas por pruebas empíricas en el mismo sentido. De ahí la necesidad de mantener claramente diferenciados los dos grupos de conclusiones.

BREVE ESBOZO DE LA ESTRUCTURA DE LA ACCION

Pero, antes de enunciar el primer grupo de conclusiones, de las que se pretende una demostración empírica, será oportuno resumir brevemente, por última vez, la línea principal de razonamiento analítico del conjunto del estudio. Así, el lector tendrá frescos en la mente todos los puntos principales de la prueba, y estará en mejores condiciones de juzgar si las tesis enunciadas son adecuadamente probadas.

Racionalidad y utilitarismo

El punto de partida, tanto histórico como lógico, es la concepción de la racionalidad intrínseca de la acción. Esta implica los elementos fundamentales de «fines», «medios» y «condiciones» de la acción racional y la norma de la relación intrínseca medio-fin. La racionalidad de la acción en términos de ésta es medida por la conformidad entre la elección de medios, dentro de las condiciones de la situación, y las expectativas derivadas de una teoría científica¹ aplicada a los datos en cuestión y enunciada, como dice Pareto, en forma «virtual». La acción en estos términos es racional, en la medida en que hay una probabilidad científicamente demostrable² de que los medios empleados produzcan o mantengan, dentro de las condiciones de la situación real, el futuro estado de cosas que el actor anticipa como su fin.

Históricamente, este concepto de la racionalidad de la acción, no siempre enunciado clara e inequívocamente, ha jugado el papel central en lo que se ha llamado la rama utilitaria de la tradición positivista. A pesar de diferencias debidas a hipótesis variables sobre el contexto en el que opera la acción racional, ha sido, en su estructura esencial, un elemento estructural constante de los

¹ Por elemental y empírica que sea.

² Este modo de enunciado tiene en cuenta el error debido a limitaciones del conocimiento objetivo disponible.

sistemas de pensamiento aquí considerados. Las dos posturas polares radicalmente positivistas varían, sin embargo, su status en aspectos esenciales. La postura racionalista hace esto borrando las distinciones entre fines, medios y condiciones de la acción racional, haciendo de la acción un proceso sólo de adaptación a condiciones y predicciones dadas de su estado futuro. La postura anti-intelectualista, en su forma realmente radical, varía el status de la racionalidad todavía más fundamentalmente; al extremo, realmente, eliminándola por completo. Ambas posturas positivistas radicales, sin embargo, implican dificultades insuperables, metodológicas y empíricas.

El tipo utilitario de teoría se concentró sobre la relación medio-fin, y dejó sin investigar el carácter de los fines en su conjunto. Esto era válido. Pero, en la medida en que tendía a convertirse en un sistema cerrado sobre una base positivista, se vio forzado a la hipótesis de que los fines eran fortuitos en relación con los elementos de la acción positivamente determinados. Sobre esta base, cualquier intento de poner orden en esta variación fortuita llevaba en la dirección del determinismo positivista radical. En los casos del hedonismo, de la teoría de la selección natural, etc., varios de estos intentos han sido analizados, explicitándose sus consecuencias. El supuesto utilitario, explícito o implícito, de los fines fortuitos es el único modo posible de sostener, sobre una base positivista, el carácter voluntarista de la acción, la independencia de los fines y los demás elementos normativos de la estructura de la acción, a partir del determinismo, en términos de herencia y de medio.

Dentro del ámbito de la tradición utilitaria y de las variaciones respecto de ella en la dirección del polo positivista radical, han aparecido todas las relaciones principales de la norma de racionalidad intrínseca con los elementos formulados en las teorías positivistas radicales, o sea, con la herencia y el medio ³.

Estos pueden ser vistos en dos contextos principales. En la

³ Utilizadas aquí, como se recordará, en el sentido técnico definido en el cap. II, como un sumario adecuado para los elementos que influyen sobre la acción susceptible de formulación en términos de categorías no subjetivas.

medida en la que la acción es concebida como un proceso de adaptación racional de medios a fines, aparecen en el papel de medios y condiciones últimos de la acción. La cualificación de «últimos» es necesaria porque lo que son medios y condiciones para cualquier actor concreto dado pueden ser, en gran parte, resultados de los otros elementos de acción de otros individuos. Para evitar razonar circularmente es necesario pensar en términos de las condiciones analíticas últimas de la acción en general, abstrayendo de las condiciones concretas de un acto concreto particular. Se ha mostrado que el no conseguir realizar claramente esta distinción es una fuente prolífica de confusión. Cabe repetir otra advertencia del mismo tipo. Los mismos elementos de la herencia y el medio juegan un papel en la determinación de los fines concretos de la acción. Tal fin concreto es un estado de cosas concreto anticipado, que implica elementos del medio externo y de la herencia. El hedonismo ilustra claramente esta situación. El placer como fin de la acción era plausible porque se espera, de hecho, que los mecanismos psicológicos que producen sentimientos placenteros en ciertas circunstancias operen en el proceso que lleva al estado de cosas deseado. Pero esto no tiene nada que ver con el concepto analítico del fin como parte de un sistema generalizado. Es un rasgo del organismo que sabemos, por experiencia, que podemos contar con que funcione de cierto modo, y que, consiguientemente, pertenece analíticamente a las condiciones de la acción. El hablar de los fines como determinados por el mecanismo del placer es, en esa medida, eliminar los fines del sistema teórico generalizado.

En segundo lugar, los mismos elementos de la herencia y el medio aparecen en relación con el fracaso en el intento de alcanzar la norma racional. Desde el punto de vista objetivo, aparecen principalmente como razones por las que la acción o no alcanza la norma o se desvía de ella, lo que se ha llamado factores resistentes y desviantes, respectivamente. Subjetivamente, los mismos factores en el mismo papel aparecen como las fuentes de la ignorancia y del error. El error en este sentido no es fortuito; sucede; más bien, que la existencia de un sesgo de error en una dirección particular es *ipso facto* prueba de que está operando un factor desviante no racional. Sobre todo, dentro del esquema positivista,

las desviaciones respecto de la regla de racionalidad deben ser reducibles, desde el punto de vista subjetivo, a términos de ignorancia o error o ambos.

Finalmente, no debe olvidarse que puede fácilmente haber elementos hereditarios que «orientan» la conducta de acuerdo con una norma racional, pero sin el intermedio independiente del actor, básico para la concepción voluntarista de la acción. En la medida en la que esto sea cierto, cualquier aspecto subjetivo de la acción resultará, tras un concienzudo estudio, ser reducible a términos de sistemas no subjetivos ⁴. La comprobación es siempre la de si una explicación adecuada de la conducta concreta en cuestión puede alcanzarse sin referencia a los elementos formulados en conceptos con una referencia subjetiva intrínseca.

Así, se ve que tanto la misma norma de racionalidad intrínseca como sus principales relaciones con la herencia y el medio, de los tres modos que acabamos de mencionar, podrían, en conjunto, ser adecuadamente formulados dentro del esquema general del sistema teórico positivista siempre que no se pasen al polo positivista radical. Se ha mostrado, sin embargo, que la postura utilitaria es intrínsecamente inestable y que, para mantenerla dentro de un esquema positivista, es necesario utilizar un apoyo metafísico y extrapositivista que, en los casos analizados aquí, ha adoptado la forma del postulado de la identidad natural de intereses. En consecuencia, cuanto más rigurosa y sistemáticamente se han llevado a cabo las implicaciones de la postura positivista más precario ha resultado el status de los elementos normativos de la acción que podrían encontrar formulación adecuada dentro de un esquema positivista.

Realmente, cabe sostener que la creciente presión de esta sistematización, cada vez más rigurosa, de las implicaciones más remotas del acercamiento positivista al estudio de la acción humana ha jugado un importante papel en el movimiento de pensamiento que ha ocupado a este estudio. La forma que tiene aquí fundamental interés es una presentación cada vez más precisa del «dilema utilitario»: o una postura positivista realmente radical o la estricta-

⁴ Se indicó antes, cap. XVII, pág. 785, que Weber tuvo esto explícitamente en cuenta.

tamente utilitaria. El primer proceso suponía abandonar completamente el esquema medio-fin como analíticamente indispensable; el último significaba una creciente dependencia de supuestos metafísicos extracientíficos. En el estado de opinión generalmente positivista, todo el peso del «recio» prestigio científico parecía estar en el lado radicalmente positivista. Pero, al mismo tiempo, los principios utilitarios descansaban sobre un sólido estudio empírico, que no podía ser fácilmente explicado. De ahí que estuviese preparado el escenario para una reconstrucción teórica radical que trascendiese completamente al dilema. La parte II se ha ocupado de analizar tres procesos distintos por los que ha tenido lugar esta reconstrucción. Pueden ser brevemente examinados.

Marshall

Marshall⁵ sólo dio un paso, y lo dio sin clara conciencia de lo que estaba haciendo. Heredó el esquema conceptual de la tradición utilitaria. Y precisamente los elementos de dicho esquema por los que se ha interesado este estudio fueron centrales para su propio desarrollo ulterior de él en su teoría utilitaria. Las concepciones de la utilidad, la utilidad marginal y el principio de sustitución son todas completamente dependientes del esquema medio-fin, de la elección racional y de la independencia analítica de los fines. Esto, por sí solo, es suficiente para explicar el que no consiguiese seguir la tendencia, tan importante en su día, hacia el positivismo radical.

Pero, al mismo tiempo, tenía ideas muy claras sobre la inadecuación de una postura rigidamente utilitaria para explicar ciertos hechos de la vida económica: los relativos a los fenómenos de la libre empresa. El curso que siguió estuvo en parte determinado por su sólido análisis empírico y en parte por sus propias predilecciones éticas. Rompió una teoría rigidamente utilitaria de la vida económica principalmente en dos puntos. En primer lugar, se negó a aceptar la hipótesis de la independencia de las necesidades, incluso a los efectos heurísticos de la teoría económica. Sólo con-

⁵ Analizado en el cap. IV.

sideró aplicable esta hipótesis a una clase de necesidades, a las que llamó, con connotación fuertemente peyorativa, necesidades «artificiales». No serviría para la clase por la que estaba fundamentalmente interesado: la de «las necesidades ajustadas a las actividades». En segundo lugar, se negó a aceptar la opinión de que las acciones concretas de la vida económica deberían ser consideradas, únicamente, como medios para la satisfacción de necesidades, incluso a los efectos de la economía. Son, al mismo tiempo, campos para el «ejercicio de facultades» y para el «desarrollo del carácter».

Estas dos desviaciones del esquema utilitario son englobadas bajo el concepto de actividades, concepto no muy claramente definido por Marshall. Realmente, en relación con su esquema conceptual heredado, es principalmente una categoría residual. Cabe, sin embargo, decir varias cosas sobre él. No es fundamentalmente, como está muy claro, una nueva forma de enunciado de los elementos de la herencia y el medio. La distinción explícita entre necesidades ajustadas a las actividades y necesidades biológicas excluye esta interpretación en una dirección. En una segunda dirección es excluida por la clara imposibilidad de llegar a comprender a Marshall en cuanto hedonista. Y, todavía en una tercera dirección, por su completo fracaso en cuanto a poner en tela de juicio la racionalidad de la acción en nombre de la psicología antirracionalista.

No puede, pues, haber duda de que las actividades constituyen una categoría residual en la dirección de los valores. Tanto las necesidades ajustadas a las actividades como los mismos modos de actividad deben ser considerados, en los términos de este estudio, fundamentalmente como manifestaciones de un sistema único y relativamente bien integrado de actitudes de valor. Se ha señalado el parecido extraordinariamente estrecho entre esas actitudes y las implicadas en el espíritu del capitalismo de Weber, especialmente en su aspecto ascético.

Las «actividades» en este sentido se convierten para Marshall en un importante elemento empírico del orden económico. Junto con la racionalidad creciente y con la acumulación de un saber empírico, el desarrollo de este sistema de valores se convierte para él en la fundamental fuerza motriz de la evolución social. Pero aquí Marshall se detiene. Su consideración de los sistemas inte-

grados de valores, en cuanto distintos de los fines fortuitos, se limita a este sistema. No consigue desarrollar las posibilidades lógicas de que haya otros en otras sociedades. Tampoco consigue desarrollar las posibilidades teóricas de su relación con la acción concreta más allá de los dos puntos en los que incidió directamente sobre su teoría utilitaria. Así, la importancia teórica de su separación de la tradición y las implicaciones empíricas de un ulterior desarrollo en esta dirección permanecieron ocultos, tanto para él como para sus seguidores. Pero, a pesar de esta limitación, sí que dio el paso crucial, introduciendo un sistema integrado de valores, común a muchos, que no tenía un puesto ni en el esquema utilitario ni en el positivista radical.

Pareto

En el estudio de Pareto los mismos problemas se consideraron desde un punto de vista distinto. En primer lugar, su postura metodológica general preparó el camino para el desarrollo explícito de una teoría voluntarista de la acción. Porque su escepticismo había despojado a la metodología científica de la implicación de que una teoría, para ser metodológicamente aceptable, tenía que ser positivista. Realmente, de los cuatro escritores, Pareto, en sus exigencias metodológicas generales de teoría científica ⁶, se acercó mucho a la formulación de una opinión que puede ser considerada aceptable a los efectos de este estudio. Sobre todo, acabó por completo con la falacia de la concreción inoportuna, que tan persistentemente ha seguido los pasos de la teoría social positivista.

Pareto fue también un eminente economista y, como tal, desarrolló esencialmente el mismo tipo de teoría utilitaria que Marshall. Además, compartió con Marshall la convicción de su inadecuación para la explicación científica de la acción humana concreta, incluso dentro del campo económico. Pero su modo de tratar esta situación fue distinto al de Marshall. Limitando rígidamente la teoría económica al elemento utilitario, pasó a completarla con una teoría sociológica sintética más amplia.

En cuanto distinto de los peculiares a la teoría de la acción.

En su esquema conceptual explícito, hizo esto mediante un doble uso de las categorías residuales. El punto de partida es el concepto positivamente definido de acción lógica. Es acción concreta *en la medida en que* consiste en «operaciones lógicamente unidas a su fin» desde los puntos de vista tanto del actor como de un observador exterior. La acción no lógica, por otra parte, es, claramente, una categoría residual: acción en la medida en que no consigue, por alguna razón, satisfacer los criterios lógicos. Finalmente, el concepto de acción lógica es explícitamente más amplio que el económico; pero no hay un tratamiento sistemático positivo de los elementos lógicos no económicos. Son enumerados, no definidos. La principal tarea de un ulterior análisis de la obra de Pareto consiste en seguir lo que sucede a estas dos categorías residuales en un contexto estructural.

Puede empezarse por resumir el análisis explícito por Pareto de la acción no lógica⁷. Es inductivo y empieza por una distinción entre dos clases de datos concretos: actos manifiestos y expresiones lingüísticas. Pareto sólo se ocupa directamente de éstos y, como resultado del análisis de «teorías» no científicas en este sentido, llega a las categorías de residuo y derivación, los elementos relativamente constantes y variables de estas teorías respectivamente. Así, el residuo es una *proposición*.

Pareto desarrolló la concepción de los residuos y las derivaciones directamente, como elementos variables de un sistema teórico, sin referencia explícita al problema de la estructura. Habiendo definido los conceptos, pasó a clasificar sus valores, sin intentar, hasta una etapa muy posterior, considerar sistemas concretos de acción. El objeto de este estudio ha sido, por otra parte, el de explicar las implicaciones de su tratamiento para la estructura de los sistemas a los que es aplicable el análisis de los elementos de Pareto.

En primer lugar, se mostró que el modo como definió los conceptos fue capaz de cortar al través la principal dicotomía de este estudio: la distinción entre los aspectos normativos y los condicionales de los sistemas de acción. En particular, hay que considerar que los residuos manifiestan no una sino estas dos categorías de

⁷ Tratado en el cap. V.

elementos. El resultado sería, en los propios términos de Pareto, introducir en su clasificación de los residuos otra base, cortando de través las que utilizó.

Muchos de los intérpretes secundarios de Pareto han sostenido que sus «sentimientos» eran esencialmente las tendencias o instintos de la psicología antirracionalista. Pero el estudio del modo como enfocó su análisis ha mostrado que no hay garantía en la lógica de su postura para esta interpretación exclusiva, y se ha mostrado que es específicamente incompatible con ciertos rasgos importantes de su obra, especialmente con su tratamiento del darwinismo social y de la cuestión de si corresponden los residuos a los hechos⁸. Esta bifurcación general de elementos estructurales es la base para el ulterior análisis⁹. La concepción de la acción lógica fue el punto de partida para investigar la cuestión general de cuáles son sus implicaciones para la estructura del sistema total de acción en el que tiene un puesto.

En primer lugar, un elemento de los residuos es el de los fines últimos de la acción, en la cadena intrínseca medio-fin, que, en el polo plenamente racionalizado, es un principio claramente formulado y no ambiguo que guía la acción. El que los fines últimos pertenezcan a la categoría no lógica hace posible interpretar la acción lógica como el sector intermedio de la cadena intrínseca medio-fin. Ha sido posible comprobar esta interpretación de un elemento de los residuos en términos del papel que Pareto asigna a la «fe», en los residuos de persistencia de los agregados. Sobre ninguna otra hipótesis conocida por el presente escritor es comprensible este aspecto de su teoría cíclica.

En segundo lugar, aparece muy claramente que el elemento de valor no se ve agotado por el de este tipo particular de residuos sino que éste es un caso racionalizado de tipo polar. A excepción de éste, cabe discernir en los sentimientos, un elemento de valor más vago y menos determinado, que se manifiesta en otros residuos, en las derivaciones y, de varios modos, en la conducta abierta. Para designar a este elemento y para distinguirlo de otros implicados en los sentimientos de Pareto, se ha introducido el término de

⁸ Tratado en el cap. VI, págs. 287 y siguientes.

⁹ *Supra*, cap. VI, págs. 297 y siguientes.

actitudes de valor último. Análogamente, para distinguir los residuos que son principios reguladores de la acción racional de los demás, se les ha llamado fines últimos. Aquí ha aparecido una distinción entre dos elementos, dentro de la categoría de valores más amplia, que no estaba contenida en el concepto de actividades de Marshall.

En tercer lugar, ha resultado que la acción lógica, o el sector medio-fin intrínseco intermedio, no está en sistemas de acción estructuralmente homogéneos sino que debe ser subdividida. Sobre la base de un análisis de las implicaciones para tales sistemas del concepto de Pareto de acción lógica, se han hecho distinciones entre tres elementos tales del sector intermedio. Sobre el principio de la introducción progresiva de las relaciones más amplias de un acto dado al resto de un sistema de acción, se han distinguido los subsectores tecnológico, económico y político. Ha sido también posible verificar estas líneas de distinción, de modo muy sorprendente, en términos de la teoría de Pareto de la utilidad social. La serie jerárquica de distintos niveles, sobre la que sostiene que cabe considerar al problema de la utilidad, es el enunciado de las mismas distinciones de modo algo distinto. Es significativo el que estas distinciones surgieran en la parte sintética de la obra de Pareto, donde considera a los sistemas de acción como un todo, mientras no se encuentran en su esquema analítico explícito, donde sólo se consideran actos unidad aislados. Así, en lugar de una mera enumeración del contenido de la acción lógica, se ha introducido un esquema de elementos estructurales sistemáticamente relacionados.

Finalmente, para coronar la jerarquía, en relación con la misma teoría de utilidad social, se ha encontrado que surge una versión del teorema sociologista. En el polo racionalizado, que es el que allí interesa a Pareto, adopta la forma de la concepción del «fin que una sociedad debiera perseguir por medio del razonamiento lógico-experimental». Cabe volver a enunciar ésta en el sentido de que las acciones de los miembros de una sociedad están, en grado significativo, orientadas hacia un sistema integrado único de fines últimos comunes a estos miembros. Más generalmente, el elemento de valor, en forma tanto de fines últimos como de actitudes de valor, es, en grado significativo, común a los miembros de la

sociedad. Este hecho es una de las condiciones esenciales del equilibrio de los sistemas sociales.

Así, como resultado de la metodología explícitamente no positivista de Pareto y del grado mucho mayor de relativismo histórico de sus puntos de vista empíricos, se encuentra, implícita en su pensamiento, una diferenciación de los elementos estructurales de los sistemas de acción que va mucho más allá del punto hasta el que la llevó Marshall. Este no llegó, incluso, a distinguir claramente, de modo analítico, la norma de racionalidad intrínseca del elemento de valor; fueron tratados juntos en su concepción de la libre empresa. Esta distinción es explícita en Pareto: una es lógica, la otra no lógica. Con ésta va la clara diferenciación del elemento de fin último respecto del sector intermedio medio-fin. Este, a su vez, se diferencia en tres subsectores, cuyas líneas de distinción no se pusieron claramente de manifiesto, en modo alguno, en Marshall. Tendió a fusionarlos a todos con actividades de su categoría económica y, consiguientemente, a suprimir por completo el elemento de poder coactivo. Luego el elemento mismo de valor último se diferencia en tres aspectos distinguibles: fines últimos como tales, actitudes de valor y ambos, en la medida en que son comunes a los miembros de una comunidad. Finalmente, aparece en el horizonte un fenómeno todavía no explícitamente analizado, pero de gran importancia empírica para Pareto, que se hizo analíticamente central para Durkheim, a saber: el ritual. Así, aunque el punto de partida de Pareto no fuese claramente distinto del de Marshall, sin embargo, analizando la fase que alcanzó, es posible, desde el presente punto de vista, conseguir un enorme avance, hasta mucho más allá de Marshall.

Durkheim

Durkheim, en relación con Pareto, suministra el primer ejemplo impresionante de convergencia. Es cierto, en un sentido, que los dos, incluso desde el principio, se ocuparon de un grupo de problemas muy estrechamente relacionados. Pero los términos en los cuales enfocaron estos problemas eran tan radicalmente distintos que, antes del presente estudio, se ha pensado que tenían poco en común, salvo que los dos eran sociólogos.

Durkheim nunca se ocupó, en modo alguno, de cuestiones de teoría económica en el sentido técnico. Pero se ha mostrado que, en sus primeras obras empíricas, se interesó grandemente por las cuestiones del individualismo económico. Además, los términos teóricos en los que Durkheim trató estos problemas tienen mucho que ver con el status de la postura utilitaria. Pero aquí se detiene el parecido inmediato.

En un sentido, el acercamiento de Durkheim se realiza a través del esquema de la acción, pero se utilizó de un modo peculiar. La contrapartida metodológica de su crítica empírica de las teorías utilitarias, con respecto tanto a la *División del Trabajo* como a *Le suicide*, es la afirmación de que descansan sobre una frágil teleología. En los términos de este estudio, esto significa esencialmente que piensa en términos del dilema utilitario y que, habiendo rechazado decisivamente la solución utilitaria, es arrojado de nuevo hacia la alternativa positivista radical. En términos subjetivos, esto significa que los factores decisivos deben aparecer como hechos del mundo externo para el actor y, consiguientemente, como condiciones de su acción. Esta es la génesis de la «exterioridad» y de la «coacción» como criterios de «hechos sociales».

Pero con la extensión, en *Le suicide*, de su crítica empírica desde la postura utilitaria hasta todo el grupo de teorías que implican los elementos de herencia y medio se desarrolló un nuevo grupo de problemas. Porque los criterios de exterioridad y de coacción claramente incluían a estos elementos como hechos para el actor. Los hechos sociales se convirtieron en una categoría residual a la que se llegaba por eliminación. Esto incluía los aspectos no utilitarios de la acción; o sea: hechos para el actor que *no* eran una cuestión o de herencia o del medio no humano. Constituían, pues, otro tipo de factor ambiental: el *milieu social*.

Las fórmulas a las que el nombre de Durkheim es todavía más generalmente asociado —la de que «la sociedad es una realidad *sui generis*», la de que es una entidad «psíquica» y consiste en «representaciones colectivas»— se elaboraron, como se ha visto, en el esfuerzo por definir esta categoría residual. Todos estos esfuerzos, pero especialmente el razonamiento de síntesis, representan ataques indirectos al problema, más que desarrollos sur-

gidos del esquema de la acción, que fue su punto de partida¹⁰. Con respecto a éste, permaneció en un *impasse*.

Este *impasse* fue finalmente roto. El paso decisivo fue la distinción de la compulsión *social* respecto de la causación naturalista. El medio social constituye un conjunto de condiciones fuera del control de un individuo concreto dado, pero no fuera del control de la intervención humana en general. De hecho, desde este punto de vista su aspecto más manifiesto resulta ser un sistema de reglas normativas respaldado por sanciones.

Hasta este punto, habiendo rechazado la teleología utilitaria, Durkheim todavía piensa en el actor pasivamente, sobre la analogía de un científico que estudia las condiciones de su situación. No consigue, en modo alguno, considerar el aspecto voluntarista de la acción y el papel de los fines. El paso siguiente, sin embargo, altera radicalmente esta situación. Es el reconocimiento de que el temor a las sanciones sólo constituye el motivo secundario para la adhesión a las normas institucionales. El primario es el sentido de la obligación moral. Con esto, el significado primario de la compulsión se convierte en obligación moral y se distingue netamente entre la compulsión social y la de los hechos naturales. La realidad social ha dejado de ser meramente una categoría residual.

Pero esto devuelve a Durkheim al aspecto voluntarista del esquema de acción que había aparentemente abandonado al rechazar la postura utilitaria. Es literalmente la síntesis que trasciende tanto a la tesis como a la antítesis. Porque el sentido de obligación moral hacia una norma es claramente una actitud de valor en el sentido anterior. Además, puesto que el medio social para Durkheim implica un sistema integrado de tales normas, su postura supone la existencia de un sistema común de actitudes de valor último. El individualismo de la postura utilitaria ha sido transcendido, pero, después de haber hecho esto, puede volver el elemento de valor. Durkheim, habiendo enunciado al principio el teorema sociólogo, ha llegado, mediante el proceso de su progresiva reinterpretación,

Se ha mostrado que el concepto de representaciones colectivas surgió de este esquema, pero en la especial forma racionalista que Durkheim le dio, más bien que a partir de un análisis medio-fin como el desarrollado en el cap. VI.

tación, a esencialmente la misma versión que Pareto; el elemento social implica la existencia de un sistema de valores comunes¹¹. Hay, sin embargo, una importante diferencia. Pareto, atacando el problema a través del desarrollo directo del esquema medio-fin y de su generalización en el polo racional, formuló el elemento social como el «fin que una sociedad debiera perseguir». El enfoque de Durkheim era distinto. En lugar de generalizar el esquema medio-fin para sistemas de acción, concibió al individuo actuando en un medio social y pasó a analizar los elementos de este medio. Aquí encontró un sistema común de reglas normativas como uno de sus principales rasgos. Luego pasó al sentido de la obligación moral; en primer lugar, como un motivo para la obediencia individual a una regla dada; y, finalmente, pasó a ver cómo el mantenimiento de un sistema común de reglas descansaba sobre un conjunto de valores comunes.

Así, Durkheim iluminó el aspecto institucional de los sistemas de acción, aspecto que había estado latente en el pensamiento analítico de Pareto, aunque había fuertes sugerencias de su papel en su obra empírica. Pero Durkheim lo pone claramente de relieve, como un claro rasgo de la estructura de los sistemas de acción enfocados en términos del esquema intrínseco medio-fin. Resulta que la acción, en la cadena intrínseca medio-fin, tiene, cuando menos, una doble orientación normativa, como en Weber: tanto hacia las normas de eficiencia como hacia las normas de legitimidad.

Esta nueva orientación tiene el ulterior efecto de devolver los elementos utilitarios al cuadro, en forma de «intereses» que tienden, centrífugamente, a escapar al control normativo. La formulación más clara de este tipo de concepción en la obra de Durkheim hasta aquí considerada está en el concepto de *anomie*¹². Tiene un notable parecido con la concepción de Pareto de los «intereses», en relación con los residuos de combinaciones. Pero, en conjunto, una parte relativamente pequeña de la atención de Durkheim se centró sobre el esquema intrínseco medio-fin como tal, sobre todo sobre su sector intermedio. De ahí que las distinciones de elementos en

¹¹ Afirmado en el cap. X, págs. 381 y siguientes.

¹² *Supra*, cap. VIII, págs. 421 y siguientes.

éste, que resultaban estar implícitas en la obra de Pareto, permanecieran latentes en la de Durkheim. Su propio desarrollo ulterior del esquema de la acción era de importancia revolucionaria, pero estaba en otra dirección, en aspectos que habían permanecido para Pareto, teóricamente hablando, latentes.

Este importante nuevo desarrollo vino en el estudio de la religión de Durkheim¹³. Considerando su peculiar utilización previa del punto de vista subjetivo, no es sorprendente que empezase con la cuestión de qué «realidad», o sea: referencia empírica de una clase de hechos para el actor, subyace a las ideas religiosas. Pero, aunque su pregunta está formulada en los mismos términos que antes, su respuesta tuvo consecuencias revolucionarias. En el problema de las instituciones, pasó gradualmente, en su interpretación del medio social, de considerarlo como un conjunto de hechos de la «naturaleza» a considerarlo como un conjunto de reglas de obligación moral. Pero tales reglas son todavía hechos empíricos, cuya importancia está en su relación intrínseca con la acción como instrumento de control.

Sin embargo, encontró que los objetos específicos de las ideas religiosas eran entidades con una propiedad común: la de ser «sagradas». Los objetos de los que se habían ocupado fundamentalmente las teorías de la religión eran principalmente entidades «imaginarias», dioses, espíritus, etc. Pero Durkheim mostró que esta propiedad era compartida con un gran grupo de objetos concretos y también de acciones, personas en ciertas circunstancias, etcétera. Luego surge la pregunta: ¿qué hay en común entre todas las cosas sagradas que explica la propiedad común de la sacralidad? El intento anterior había sido el de encontrar una fuente intrínseca de esta propiedad. Durkheim sigue un camino completamente distinto. La única propiedad común a todas las cosas sagradas es la sacralidad, y ésta no estriba, en modo alguno, en sus propiedades intrínsecas, sino que sólo la tienen en virtud de la especial actitud que los hombres adoptan hacia ellas: la actitud de «respeto».

Caso de ser esto cierto, pues, los hombres respetan las cosas sagradas no por sí mismas sino a causa de sus relaciones con alguna otra cosa que respetan. ¿Cuál es, pues, el carácter de esta relación?

¹³ Tratado en el cap. XI.

No puede derivarse de las propiedades intrínsecas de las cosas sagradas, sino que es simbólico. Las cosas sagradas lo son porque son símbolos con una referencia simbólica común a una fuente de santidad. Esta relación simbólica es algo completamente nuevo en la teoría de la acción tal y como se ha considerado hasta aquí¹⁴.

Luego surge la cuestión: ¿qué es esta referencia común? Debe ser, dice Durkheim, algo que podemos respetar en este específico sentido; y en este sentido *sólo* respetamos la autoridad moral. De ahí que la fuente de la sacralidad de las cosas sagradas sea la misma que la de la obligación a las reglas morales. Es la «sociedad». Esta síntesis de los antes considerados aspectos completamente dispares de la vida humana fue una genialidad por parte de Durkheim, de importancia revolucionaria.

Pero esta postura necesita una ulterior interpretación para aclarar las dificultades dejadas por el moroso positivismo de Durkheim. La sociedad, en este contexto, no es una entidad concreta. No es, sobre todo, la totalidad concreta de seres humanos en recíproca relación. Es una «realidad moral». El ulterior análisis ha mostrado que las ideas religiosas tienen que ver con las relaciones cognitivas de los hombres con ciertos aspectos no empíricos del mundo: con lo que se ha llamado, en un *especial* sentido, en el estudio de Weber, lo «sobrenatural». Asociadas a estas ideas están ciertas «actitudes activas», como las llama el profesor Nock, en parte determinadas por estas ideas, pero que en parte, a su vez, las determinan. Estas actitudes activas resultan ser las actitudes de valor último de la exposición anterior y, en la medida en que constituyen «sociedad» en el sentido de Durkheim, son actitudes comunes de valor. La *fuerza* de la sacralidad es lo sobrenatural. Nuestras representaciones simbólicas de ella son cosas sagradas. La actitud de respeto hacia ellas es, junto con el respeto hacia las obligaciones morales, una manifestación de nuestras actitudes de valores últimos, que son sociales en la medida en que son comunes.

Pero esto no es todo. Las actitudes activas asociadas a las ideas religiosas se manifiestan no sólo en «ideas» sino en ciertas acciones o «conducta», y estas acciones comparten la cualidad de sacra-

¹⁴ Se introdujo en el estudio de Pareto, pero no la consideró explícitamente en un contexto teórico sistemático.

lidad e implican relaciones con entidades sagradas. Durkheim llama rituales a toda esta clase de «acciones en relación con las cosas sagradas». Son acciones en el sentido más estricto: modos para el actor de conseguir fines específicos. Como dice Durkheim, son parte de la *vie sérieuse*¹⁵. Pero difieren en dos aspectos fundamentales de las acciones de las que se ha ocupado antes el análisis. Son sagradas y, consiguientemente, sólo realizadas en especiales condiciones, específicamente separadas de los cálculos utilitarios ordinarios de la ventaja: se realizan con la «actitud ritual». Además, implican la manipulación de símbolos sagrados: lo que se ha llamado una relación simbólica medio-fin. En estos dos aspectos, medidos con el criterio de la norma intrínseca de racionalidad, no son irracionales sino *no* racionales. El criterio, simplemente, no es aplicable.

Finalmente, el ritual para Durkheim no era simplemente una manifestación de actitudes de valor sino algo de gran importancia funcional en relación con la «solidaridad» social: un modo de revivificar y fortalecer a los elementos comunes de valor, normalmente más o menos latentes en el curso de las actividades profanas. A este respecto, las tendencias centrífugas de los «intereses» hacen una notable reaparición en el pensamiento de Durkheim. El ritual es uno de los mecanismos fundamentales de defensa de la sociedad frente a la tendencia a la *anomie*.

Hubo, así, un firme proceso de desarrollo en el pensamiento de Durkheim sobre la sociedad. De una realidad concreta, pasó a ser un complejo de elementos de acción que sólo existen «en las mentes de los individuos». De una categoría de «hechos de la naturaleza», en el papel de condiciones de la acción humana, pasó a ser un sistema común de valores que implica una referencia no empírica. Esta última tendencia culminó en su epistemología sociológica. Esto constituyó la ruptura final con la metodología del positivismo, pero trajo nuevas dificultades propias. Representó una tendencia del pensamiento de Durkheim, en una dirección claramente idealista, que, en su fase final, estaba en guerra con la teoría voluntarista de la acción. Reinterpretada en términos de ésta, su verdad esencial es la que se puso de manifiesto, de forma más aceptable, en el concepto de Weber de *Wertbeziehung*, intro-

¹⁵ Véase *Formes élémentaires*, pág. 546.

duciendo, como lo hizo, un elemento de relatividad en el conocimiento y, al mismo tiempo, suministrando un punto de partida para el análisis de los factores sociales de su desarrollo.

Debiera subrayarse que, en los aspectos importantes para el presente contexto, no hay *nada* importante en las teorías de Pareto incompatibles con las de Durkheim, y viceversa. Sus diferencias son complementarias, estando en los distintos puntos en los que diferenciaron los elementos de la estructura de la acción. Pareto puso de manifiesto¹⁶, como no lo hizo Durkheim, la diferenciación interna del sector intrínseco intermedio y del elemento de valores últimos, en la medida en que no está integrado en un sistema común. Durkheim, por otra parte, puso claramente de relieve el papel del elemento institucional en relación con la cadena intrínseca medio-fin, y diferenció mucho más la estructura y los modos de manifestación del sistema de valores últimos, que para Pareto había seguido siendo residual.

Se hizo esto en los conceptos de lo sagrado, del papel del simbolismo y de sus relaciones con la acción ritual y con su función. En el concepto de lo sagrado está implicada la referencia no empírica de los valores últimos, y, consiguientemente, la relación de las actitudes de valor con las «ideas» es mucho más claramente evidente que en Pareto. Además, la relación simbólica, central para las representaciones de lo sobrenatural, resulta, junto con el concepto de sacralidad, suministrar la clave analítica esencial para la comprensión de toda una clase de acciones, el ritual, que había sido muy importante para Pareto empíricamente, pero que había seguido siendo residual para su teoría sistemática. Estos conceptos de Durkheim deben ser considerados como una ulterior especificación del contenido de las categorías de Pareto de la acción no lógica y del sentimiento.

El que los elementos conceptuales diferenciados a lo largo del análisis de la obra de Pareto y de Durkheim pertenecen realmente al *mismo* sistema teórico y el que la obra de los dos realmente convergió se ve concluyentemente demostrado por el hecho de que ha sido posible demostrar que *todos* ellos se encuentran en la obra de Weber. Esto es cierto a pesar de que la obra de Weber fue

¹⁶ En la teoría de la utilidad social.

completamente independiente de la de cualquiera de los otros dos y de que la postura metodológica de Weber fue capaz de oscurecer seriamente el status de un sistema teórico generalizado. Es, sobre todo, sorprendente que un economista histórico alemán hubiese llegado a una concepción del puesto del elemento económico casi idéntica a la del neoclásico Pareto y que Weber, idealista (de tradición), hubiese llegado a una correspondencia *punto por punto*, en el sistema claramente complejo de categorías estructurales relativas a las ideas religiosas, las instituciones, el ritual y las actitudes de valor, con el declarado positivista Durkheim. Es legítimo mantener que, en estos fundamentales aspectos, la convergencia no ha sido simplemente sugerida, o hecha parecer probable, sino que ha sido *demostrada* como una cuestión de hecho empírico. Sólo se puede dudar de ella sobre la base de que la obra de los tres hombres ha sido aquí radicalmente mal interpretada, y ésa es una cuestión de hecho.

Weber

La obra de Weber debería estar lo suficientemente fresca en la mente del lector como para que sea innecesario dar sobre ella algo más que una muy breve recapitulación. Empíricamente, su principal ataque fue contra el materialismo histórico de Marx, que, como se ha mostrado, constituía, analíticamente considerado, en lo esencial, una versión de la postura utilitaria, situada en un contexto histórico. Frente a éste colocó una teoría del papel de los elementos de valor en la forma de una combinación de intereses religiosos, verbigracia, actitudes de valor, en su relación con sistemas de ideas metafísicas. Esta fue, sin embargo, situada en el contexto de una teoría voluntarista de la acción, no del emanacionismo idealista. Los elementos de valor, para Weber, ejercen su influencia en complejos procesos de interacción con los demás elementos de un sistema de acción, no simplemente «haciéndose reales». Todo esto fue explicitado, con gran detalle, en sus estudios empíricos de las relaciones de la ética religiosa con la vida económica ¹⁷.

¹⁷ Tratado en los caps. XIV y XV.

La contrapartida metodológica de su negativa a considerar la influencia social de las ideas religiosas como un proceso de emanación fue su ataque a los enfoques metodológicos procedentes de la filosofía idealista¹⁸. Su rasgo común fue una negación de la posibilidad o de la validez de los conceptos generales en el campo de la acción humana. Frente a ellos, Weber reivindicó enérgicamente la indispensabilidad de los conceptos teóricos generales para la demostración de cualquier proposición empírica objetiva en cualquier campo. Aunque rechazó enérgicamente sus enfoques de la lógica de la ciencia social, salvó del naufragio a ciertos elementos de importancia básica para su propia postura sustantiva. Las teorías idealistas de la intuición eran válidas al surgir la referencia subjetiva de la teoría de la acción, la indispensabilidad del punto de vista subjetivo. El argumento de la libertad dejó a la norma de la racionalidad intrínseca como básica para la acción. El aspecto orgánico del intuicionismo dejó el concepto de un elemento de valor en su doble relación, en el *Wertbeziehung*, como metodológicamente indispensable para la teoría y como central para la acción misma. Sobre todo, la reivindicación metodológica de conceptos generales es esencial para el concepto de acción, ya que la ciencia y la racionalidad de la acción están indisolublemente unidas.

Al mismo tiempo, debido a circunstancias estudiadas, hubo, desde el presente punto de vista, dos serias limitaciones a la postura metodológica. Primero, al tratar de defender una línea de distinción entre el carácter *lógico* de las ciencias naturales y el de las ciencias sociales, lo que se ha considerado aquí como indefendible, se vio llevado a una visión imaginaria de la naturaleza de los conceptos generales en estos campos, que tendió a oscurecer el papel del sistema generalizado de teoría esencialmente no imaginario. Segundo, esto y la circunstancia de que los conceptos generales eran para él una categoría residual oscureció lo que es, para este estudio, la vital distinción entre sus conceptos tipo hipotéticamente concretos y su generalización empírica, por una parte, y las categorías de un sistema teórico generalizado, por otra. Sólo los primeros son imaginarios en el campo social, lo que se debe al importante grado de organicismo del tema.

¹⁸ *Supra*, cap. XVI, págs. 715 y siguientes.

Así, su teorización sistemática explícita tendió a escaparse en una dirección distinta de la del principal interés presente, la de una clasificación sistemática de tipos ideales estructurales de relación social¹⁹. Pero, a pesar de estas limitaciones metodológicas, ha sido posible deducir mediante análisis, un claro esquema de la estructura de un sistema generalizado de acción, que aparece en los puntos más estratégicos de la obra de Weber y, aunque no reconoció claramente su naturaleza lógica, este esquema fue absolutamente esencial para los resultados específicos de Weber, tanto empíricos como teóricos. Así, las complejidades de la categoría de los conceptos generales, sacadas a la luz por el análisis anterior, han sido verificadas por la demostración de que, *de hecho*, su teorización sistemática real implica los distintos tipos que se esperarían si el análisis fuese correcto. No es necesario recapitular el esquema estructural de este generalizado sistema y los caminos por los que Weber llegó a sus elementos tan plenamente como se ha hecho con respecto a Marshall y a Pareto. El punto de partida lógico es, de nuevo, el criterio de la racionalidad intrínseca inserto en la norma de la eficiencia. Esto implica esencialmente las mismas relaciones con la herencia y el medio que han resultado existir en cada caso. El sector intermedio de la cadena intrínseca medio-fin es diferenciado esencialmente del mismo modo como fue explicitado en el estudio de Pareto²⁰. La frontera entre los elementos tecnológicos y los económicos es la misma que la trazada antes y es perfectamente explícita. La frontera entre los elementos económicos y los políticos implica cuestiones más complejas, pero, al trazarla como Weber lo hizo con el empleo del concepto de autoridad, hay tanto un claro reconocimiento de la importancia del poder coercitivo, en cuanto ejercitado por variados medios, como un reconocimiento de que hay un claro límite de la medida en la que éstos pueden ser encajados en categorías económicas ordinarias de análisis.

El elemento de valores últimos entró en la obra de Weber, en el primer ejemplo, con los sistemas de actitudes de valor asociados

¹⁹ Esto es sociología formal en el sentido de Simmel. Véase G. Simmel, *Soziologie*, cap. I.

²⁰ *Supra*, cap. XVII, págs. 797 y siguientes.

a las ideas religiosas. Su status en el papel de los fines últimos de la cadena intrínseca medio-fin se manifiesta teóricamente en relación con los tipos de acción racional, *zweckrational* y *wertrational*. Su relación institucional con la cadena intrínseca medio-fin se expresa en el concepto de orden legítimo, equivalente directo de las reglas de Durkheim que poseen autoridad moral. Su referencia «religiosa» no empírica es formulada en el concepto de carisma, correspondiente a lo sagrado de Durkheim. Analizando esto fue posible clarificar la relación recíproca entre las actitudes de valor, generalmente llamadas por Weber, en este contexto, intereses religiosos, y las ideas religiosas. La consideración de la cuestión del «significado» en relación con estas ideas, y con las cosas y los acontecimientos del mundo, lleva al papel central del simbolismo, y para Weber había indiscutiblemente una clase de acciones que implicaban, en grado eminente, tanto carisma como simbolismo, o sea: el ritual. Esto no fue explícitamente analizado, como por Durkheim, pero están presentes todos los elementos del análisis de Durkheim.

En todos estos aspectos hay una notable correspondencia punto por punto entre Weber y Durkheim²¹. Hay, en esta serie de cuestiones, tres diferencias principales, que no son desacuerdos sino diferencias de énfasis. Las categorías relativas al ritual, explícitas y centrales para Durkheim, fueron ampliamente implícitas para Weber. Por otra parte, las relaciones mutuas entre las actitudes de valor y las ideas de lo sobrenatural, que tenían que ser explicitadas por inferencia a partir de la postura de Durkheim, están muy explícitas en Weber, de un modo que comprueba directamente las inferencias hechas a partir de la postura de Durkheim. En tercer lugar, el papel de los elementos de valor en los procesos dinámicos de cambio a partir del *statu quo* casi completamente latente en Durkheim, pasó al centro del escenario para Weber en su teoría de la profecía, corrigiendo así una impresión seriamente unilateral dada por Durkheim cuando él mismo dejó su obra.

Finalmente, en Weber se encuentra otro aspecto emergente de los sistemas de acción: el llamado «modos de expresión» de

²¹ *Supra*, cap. XVII, págs. 807 y siguientes.

las actividades de valor, que no se ha encontrado en ninguna otra parte. Resulta ser emergente tanto al nivel metodológico como al teórico. En el estudio de Weber ha sido analizado en un contexto: el de la orientación de la acción hacia las normas del gusto. Pero en el estudio de Toennies, el mismo tipo de análisis resulta ser aplicable a los fenómenos institucionales en el caso del *Gemeinschaft*, donde las normas en cuestión contienen un elemento moral y no son simplemente cuestiones de gusto.

Se ve que los elementos de estructura de un sistema generalizado de acción así bosquejado entran en tres grupos relativamente bien definidos. El primero es la herencia y el medio, vistos subjetivamente como medios y condiciones últimos de la acción y como fuentes de la ignorancia y del error «determinado». Estos son los elementos cuya comprensión científica es posible en términos de categorías que no implican una referencia subjetiva ²².

Constituyen datos para las ciencias de la acción ²³. El conocimiento de su naturaleza y de su conducta es el «precipitado permanentemente válido» para la teoría de la acción humana dejado por las teorías sociales radicalmente positivistas.

El segundo es el grupo incluido en el sector medio-fin intrínseco intermedio. Este grupo constituye el precipitado permanentemente válido de las teorías utilitarias. El carácter atomístico del pensamiento utilitario impidió que se pusiese claramente de manifiesto la diferenciación interna de este sector, pero cabe discernir sus directrices. El concepto general de la racionalidad de la acción, común a todos ellos, formula el elemento tecnológico. Las teorías utilitarias, a un nivel social, bajo el postulado de la identidad natural de intereses, han formulado el elemento económico. En refinamiento conceptual, éste ha alcanzado su culminación en el análisis de la utilidad marginal de la teoría económica moderna, a partir de Jevons y de Marshall. Finalmente, el elemento del poder coercitivo recibió su formulación clásica, sobre una base utilitaria, con Hobbes, y ha aparecido, desde entonces, en variadas

²² Cualificada para los elementos psicológicos que serán considerados en el próximo capítulo.

²³ Véase el próximo capítulo.

formas, siempre que se ha roto el postulado de la identidad natural de intereses.

El tercero es todo el grupo de elementos que se arraciman alrededor del sistema de valores últimos, en la medida en que es integrado y no reducible a los fines fortuitos del utilitarismo. Surge, como se ha mostrado, de la tradición positivista, y el proceso de su aparición es el de la ruptura de la tradición positivista en su transición hacia una teoría voluntarista de la acción. En alguna forma ha sido siempre connatural a la tradición idealista, y para el desarrollo de la teoría de la acción es éste el precipitado idealista permanentemente válido. Pero hasta recientemente el dualismo positivista-idealista del moderno pensamiento social ha creado, tanto metodológica como teóricamente, un hiato, que ha impedido su integración con los otros elementos en la descripción de un sistema general de acción único y comprensivo. Sólo la correspondiente ruptura de la metodología idealista, investigada en el estudio de Weber, ha hecho posible salvar este hiato y la convergencia de los dos desarrollos.

Finalmente, hay un elemento que no cae dentro de ninguno de estos tres grupos estructurales como tales, pero que sirve, más bien, para unirlos. Es el que ha sido encontrado en varios puntos y al que se le ha llamado «esfuerzo». Este es un nombre para el factor de relación entre los elementos normativos y condicionales de la acción. Es exigido por el hecho de que las normas no se realizan ellas mismas automáticamente sino sólo a través de la acción, en la medida en que se realizan de algún modo. Es un elemento cuyo status analítico en la teoría de la acción es, probablemente, estrechamente análogo al de la energía en física.

CONCLUSIONES COMPROBADAS

Cabe decir que las proposiciones incluidas en el bosquejo anterior y las exposiciones del cuerpo del estudio del que constituyen un breve sumario son, con una única excepción, prueba adecuada de las cinco tesis a punto de ser enunciadas. La excepción es la de que, dentro del ámbito de este estudio, ha sido imposible incluir todas las pruebas empíricas sobre las que se han basado las

teorías en discusión. En el bosquejo anterior no podía incluirse ninguna, pero se ha intentado, en el cuerpo del estudio, presentar una buena muestra de estas pruebas, y el lector suficientemente interesado puede volverse a las obras de los escritores mismos para el resto. Las cinco tesis son:

1. Que en las obras de los cuatro escritores principales aquí tratados ha aparecido el esquema de lo que, *en todo lo esencial*, es el *mismo* sistema de teoría social generalizada, el aspecto estructural de lo que ha sido llamado teoría voluntarista de la acción. Las diferencias teóricamente importantes entre estos escritores pueden ser reducidas a tres circunstancias: *a)* Diferencias de terminología: nombres distintos para la misma cosa (por ejemplo: Pareto llama «lógico» a lo que Weber llama «racional»). *b)* Diferencias en el punto hasta el que se ha llevado el análisis estructural para llegar a la distinción explícita de todos los elementos principales. En este aspecto, Marshall representa poco más que un comienzo del avance más allá de la postura utilitaria. Pero es un comienzo en un punto tan estratégico que tiene gran interés aquí. *c)* Diferencias en las formas de los enunciados, debidas a los distintos centros empíricos de atención y enfoques teóricos de los distintos escritores. Así, el elemento moral apareció para Pareto, en primer lugar, como fines últimos, como un elemento de los residuos; para Durkheim, como normas institucionales.

2. Que este sistema generalizado de categorías teóricas común a los escritores aquí tratados es, tomado como sistema total, un *nuevo* desarrollo de teoría, no siendo simplemente tomado de las tradiciones sobre las que construyeron. No es, desde luego, una creación *ex nihilo*, sino que se llegó a ella por un proceso gradual de reexamen crítico de ciertos aspectos y elementos de los viejos sistemas, proceso que está en la más estrecha relación con la observación y con la contrastación empírica. Realmente, dada la diversidad de puntos de partida, el nuevo hecho de que sea esencialmente el mismo sistema impide que esté simplemente tomado de los viejos sistemas. Sobre todo, no sólo contiene elementos comunes a todas las tradiciones anteriores. Aunque cada uno de sus grupos principales de elementos tenía algún puesto en, al menos, una de las otras tradiciones, en cuanto algo más que una parte de una categoría residual, esto no es cierto del sistema como un todo,

considerado como una estructura total específica de elementos conceptuales. La estructura completa es, en algún punto vital, incompatible con cada uno de estos sistemas más antiguos.

3. Que el desarrollo de este sistema teórico ha estado, en cada caso, en la más estrecha relación con las principales generalizaciones empíricas formuladas por el escritor en cuestión. En primer lugar, negativamente, la proximidad de los puntos de vista empíricos de Marshall respecto de los dominantes en la tradición utilitaria es sólo posible en virtud del grado relativamente escaso de su separación respecto del sistema teórico. Para tomar sólo un ejemplo crucial: si, a partir de su análisis del papel de un sistema común de valores, hubiese pasado a ver las posibilidades de distintos sistemas de valores, no podría haber sustentado el evolucionismo lineal del modo como lo hizo. En los casos de Pareto y Durkheim, sus desviaciones de todas las principales teorías empíricas positivistas, tales como el evolucionismo lineal, el *laissez faire*, el darwinismo social, la religión y la magia, concebida como preciencia, están muy íntimamente relacionadas con la teoría voluntarista de la acción. En parte, su desarrollo de esta teoría se debe a la crítica de las teorías positivistas derivada de sus nuevos descubrimientos y análisis empíricos. En parte, sus nuevas ideas teóricas les han llevado a nuevos análisis fácticos. Lo mismo es cierto de Weber, con la excepción de que él estaba luchando en dos frentes: por una parte, contra los enfoques idealistas y emanacionistas y contra las teorías empíricas a ellos asociadas; por otra, contra las tendencias positivistas del materialismo histórico marxista.

Sobre todo, las interpretaciones empíricas importantes de cualquiera de los tres pensadores no podía ser adecuadamente desarrollada o enunciada en términos de un esquema conceptual positivista o idealista. Debe recordarse que sus «teorías», en este sentido, no son, simplemente, proposiciones tan escuetas como: «el cambio social sigue, en ciertos aspectos, un modelo cíclico», o «hay factores sociales en el suicidio», o «la ética protestante tuvo un importante efecto sobre el desarrollo económico occidental». Todas estas proposiciones podrían ser encajadas en otros esquemas. Las «interpretaciones empíricas» de las que aquí se habla son, más bien, sus específicas descripciones de los modos, procesos y relaciones entre elementos de los fenómenos en cuestión,

que subyacen a estas proposiciones muy generales. Cuanto más profundamente se penetra en el detalle de sus explicaciones de estas cosas, más centrales resultan las categorías de la teoría voluntarista de la acción.

4. Que un importante factor de la aparición de la teoría voluntarista de la acción está en la correcta observación de los hechos empíricos de la vida social, especialmente las correcciones de, y las adiciones a, las observaciones hechas por proponentes de las teorías contra las que estos escritores estuvieron en oposición polémica. Ha sido, naturalmente, imposible, dentro del ámbito de este estudio, presentar todas las pruebas empíricas que cada escritor estudiado introdujo él mismo, o que cabía introducir. De ahí que no se hayan agotado las posibilidades de prueba empírica de esta proposición. Las pruebas presentadas son, sin embargo, adecuadas. En primer lugar, han sido citadas una considerable cantidad de estas pruebas y, en conjunto, han resultado ser válidas. En segundo lugar, se ha considerado, y encontrado, que varias críticas aportadas contra estas teorías empíricas eran insuficientemente concluyentes. Finalmente está el hecho impresionante de la convergencia; el hecho de que la obra de estos hombres, partiendo de puntos de vista marcadamente distintos, convergiese en una teoría única.

Es, desde luego, concebible que la convergencia no exista en modo alguno, sino que su aparición en este estudio sea el resultado de una acumulación de errores de interpretación por el presente autor. Es también concebible, aunque muy improbable, que sea el resultado de una acumulación de errores fortuitos por parte, incluso, de los distintos teóricos. Si ha de considerarse cualquiera de estas posibilidades, podría ser instructivo calcular las probabilidades de que esto pudiera ocurrir, considerando el número de distintos elementos y sus combinaciones a tener en cuenta.

El que se deba a una congruencia de sentimientos puramente personales parece sumamente improbable a la vista de la gran diversidad de los cuatro hombres en estos aspectos, diversidad indicada en el primer capítulo. Por ejemplo, el humanitarismo anticlerical y radical que estaba en la base de los valores personales de Durkheim era el blanco más frecuente de la mordiente

ironía de Pareto. Finalmente, las diversidades del positivismo individualista, el positivismo sociologista y las teorías sociales idealistas, en cuanto esquemas conceptuales, son tan grandes que eliminan, como explicación adecuada, el desarrollo inmanente de sistemas teóricos previos sin referencia a los hechos. Cada uno de estos sistemas teóricos podría haberse desarrollado en uno cualquiera de varios modos distintos: no había una predeterminación general en favor de una teoría voluntarista de la acción. Sobre todo, la postura utilitaria podía haberse desarrollado, y se desarrolló, convirtiéndose en positivismo radical, especialmente la teoría de la selección natural y el anti-intelectualismo psicológico. Igualmente, una crítica del materialismo histórico marxista, en favor del papel de las «ideas», podía perfectamente bien haberse convertido en una teoría emanacionista radicalmente idealista, y, con Sombart, en ello se convirtió.

En la cuestión de la convergencia, pues, quedan otras dos explicaciones posibles. Una es la determinación de la convergencia por la adecuación de las teorías a los hechos. La otra es la de que se debe a ciertos rasgos del movimiento total del pensamiento europeo, independientes de los hechos observados por los científicos, pero comunes a todas las tradiciones intelectuales aquí consideradas, de las que ha surgido la teoría voluntarista de la acción. No se arguye, en modo alguno, que este elemento no pueda estar de algún modo implicado —ciertamente está implicado—, sino sólo que, tomado en sí mismo, no puede servir de explicación exclusiva o de explicación adecuada²⁴. Además de las pruebas ya presentadas, cabe señalar lo siguiente: el eliminar la observación de los hechos como elemento importante del desarrollo de la teoría de la acción equivale realmente a eliminar la acción misma, a no ser que haya una armonía puramente fortuita entre el esquema de la teoría y los hechos a los que se refiere. Porque la acción misma, en el sentido importante, no es concebible sin cierto grado de corrección en la observación de los hechos. Esto colocaría a todo el problema de la naturaleza de la misma ciencia, por no decir nada de este particular conjunto de ideas científicas, sobre una base tan

²⁴ Es, presumiblemente, la fuente común de la analogía de *Wertbeziehung*, esencial para tal acuerdo teórico.

distinta de la postura aquí adoptada que todo el estudio caería por tierra ²⁵.

Esta es, pues, la tesis básica del estudio. Sobre ella, toda la estructura debe alzarse o caer. No hay explicación posible de esta convergencia en un sistema teórico único que no incluya la propo-

²⁵ La tesis de que ha habido convergencia, entre los teóricos tratados en este estudio, sobre la estructura del mismo sistema generalizado de acción social es tan decisiva que, con riesgo de aburrir al lector por repetición, cabe aquí remitirle a los puntos principales en los que se encuentran las principales etapas de su demostración. En primer lugar, la distinción entre los dos elementos principales de la obra de Pareto, la teoría de la utilidad y las actividades, en cuanto genuinamente independientes, más bien que, como el mismo Marshall los trató, como unidos en el desarrollo de la empresa libre, es comprobada directamente por los resultados del análisis estructural en cuanto aplicado al sistema de Pareto, en el cap. VI, págs. 339 y siguientes. En el cap. IX (págs. 431 y siguientes) se muestra que el análisis de la acción desde el punto de vista subjetivo, en términos del esquema metodológico de la ciencia, es aplicable tanto a Durkheim como a Pareto. Realmente, toda la trama principal de análisis del desarrollo teórico de Durkheim ha sido expresada en estos términos. Siguiendo esto se ha demostrado (cap. X, págs. 474 y siguientes) que la independencia de los elementos de valor respecto de los del sector intermedio de la cadena intrínseca medio-fin es una base necesaria para interpretar esta postura de Durkheim. El análisis de la diferenciación interna de la cadena intrínseca medio-fin, desarrollado independientemente de cualquiera de los escritores, fue comprobado por su correspondencia con el análisis de la utilidad social de Pareto (cap. VI, págs. 312 y siguientes). Se mostró que el modo de tratamiento por Durkheim de las ideas religiosas y del ritual, y la versión del teorema sociologista a la que llegó, eran congruentes con los mismos elementos considerados en relación con Pareto. Sin embargo, en la anterior coyuntura, Pareto no desarrolló explícitamente las principales distinciones. (Compárese el cap. VI, págs. 330 y siguientes y el cap. XI, págs. 512 y siguientes. Véase también el cap. X, págs. 480 y siguientes).

Finalmente, en el cap. XVII ha sido posible mostrar con detalle que el análisis por Weber del sistema intrínseco medio-fin corresponde directamente al desarrollado y comprobado en relación con Pareto (cap. VI) mientras que las categorías generales que tratan de la religión corresponden punto por punto a las que se encuentran en Durkheim (cap. XI). Aunque algunos de los elementos estructurales importantes para este

sición de que la observación y la interpretación correctas de los hechos mismos constituye un elemento principal.

Esta conclusión es especialmente importante por la razón siguiente: si esto es cierto, y es razonable pensar que ha sido demostrado, entonces los conceptos de la teoría voluntarista de la

estudio están explícitos en algunos escritores, y otros en otros, cabe decir que, con la excepción de Marshall, que apenas comenzó la transición a partir de la postura utilitaria, no se ha identificado ningún elemento, ni se ha encontrado que fuese comprobable, en el sistema de un escritor que no pudiese ser encajado en el de los demás. En la medida en la que la interpretación de los tres tiene algún sentido, de ello se sigue que, en los aspectos importantes para este estudio, los tres escritores utilizan el mismo sistema generalizado. Ha sido, sin embargo, necesario no tener en cuenta ciertos aspectos de la obra de algunos de ellos para poner claramente de manifiesto esta consecuencia.

Para evitar toda mala interpretación posible, cabe decir una palabra sobre el posible significado del término demostración. En el sentido más riguroso, cabe decir que una conclusión es demostrada: 1) cuando cada enunciado de hechos, del que depende lógicamente, puede ser comprobado mediante una operación completamente determinada y no ambigua, y 2) cuando cada paso de inferencia lógica puede ser derivado con rigor matemático. No puede pretenderse que haya sido demostrada esta convergencia en un sentido tan riguroso. El que los escritores en cuestión hayan escrito realmente lo que se pretende han escrito puede ser comprobado mediante una operación completamente clara: la de leer sus textos. Pero el número total de enunciados de hechos importantes es muy grande y, desgraciadamente, es imposible aplicar métodos matemáticos a las inferencias lógicas de estos hechos. El problema es el de encajar estos hechos en un modelo general que tenga sentido. A excepción de la demostración matemática, no hay manera de convencer a un crítico que simplemente se niegue a ver los hechos en relación con el modelo total aquí presentado y afirme tercamente que ésta es la interpretación errónea de los mismos. Pero se pretende que nunca se ha presentado otra interpretación de estos hechos, tomados en su conjunto, que pudiese ser seriamente considerada, aunque algunos de ellos pueden fácilmente encajar en otros esquemas. Vistos en términos del esquema aquí empleado, los hechos entran en un modelo consistente tal que las pruebas en favor de la convergencia son adecuadas. Nadie que considere a todos los hechos *juntos en relación con este esquema* puede escapar a esta conclusión.

acción deben ser conceptos teóricos válidos. Desde luego, no se afirma que sean, en la presente formulación, definitivos, y que nunca se desarrollen más. Pero han pasado la prueba y han demostrado que constituyen un esquema conceptual utilizable en la investigación empírica. De ahí que suministren un punto de partida viable para un ulterior trabajo teórico, ya que la ciencia siempre continúa desarrollándose a partir de un punto inicial dado. Propugnar el uso de este esquema, pues, no es elaborar un programa utópico sobre lo que las ciencias sociales deberían hacer pero nunca han hecho. Es, por el contrario, adoptar la postura de que lo que ha demostrado ser útil en el pasado y ha contribuido grandemente a la consecución de importantes resultados empíricos es probable que continúe haciéndolo en el curso de su futuro uso y desarrollo.

5. Que las cuatro conclusiones anteriores, tomadas en conjunto, constituyen la esperada verificación empírica, para este caso particular, de la teoría del desarrollo de la teoría científica enunciada en el primer capítulo. Es, realmente, imposible comprender los procesos de cambio científico demostrados sobre cualquier otra base. En particular, se ha mostrado que este cambio no puede ser entendido adecuadamente: *a)* como resultante de un proceso de acumulación de nuevo saber de hechos empíricos a la que se ha llegado independientemente del enunciado de problemas y de la dirección de interés inherente a la estructura de los sistemas teóricos iniciales; *b)* como resultante de procesos del desarrollo puramente «inmanente» de los sistemas teóricos iniciales, sin referencia a los hechos; *c)* como mero resultado de elementos externos al conjunto de la ciencia, tales como los sentimientos personales de los autores, su posición de clase²⁶, nacionalidad²⁷, etcétera. Eso deja a la mutua interdependencia de la estructura de los sistemas teóricos con la observación y con la comprobación

²⁶ Un marxista podría decir que, puesto que no está incluido ningún proletario, este elemento no ha sido eliminado. De acuerdo. Pero eso afecta a la conclusión general. Hay demasiadas pruebas positivas en pro de la importancia de elementos distintos de la posición de clase.

²⁷ Apenas si es preciso recordar que los cuatro escritores eran de distintas nacionalidades.

de hechos en una postura de gran importancia, aunque en modo alguno exclusiva²⁸.

Merece la pena señalar que, caso de ser aceptada la última conclusión, especialmente en combinación con las otras cuatro, este estudio aspira legítimamente a ser considerado no sólo como una contribución a la comprensión de ciertas teorías sociales y de sus procesos de desarrollo sino también como una contribución a la dinámica social. Porque, dadas sus relaciones sumamente estrechas con la acción racional, un tema principal del estudio en su conjunto, el desarrollo del saber empírico debe ser considerado como un factor de gran importancia en el cambio social. Los positivistas racionalistas sólo se equivocaron al darle una importancia exclusivamente dominante. Esto es tan cierto respecto del conocimiento de la acción humana como respecto del conocimiento de la naturaleza. De ahí que la comprensión del tipo de procesos por los que tal conocimiento, especialmente en forma de ciencia, se desarrolla sea un preliminar indispensable de cualquier comprensión precisa de su papel social. Desde luego, este estudio no ha solucionado estos problemas, pero puede pretender haber contribuido a su solución.

²⁸ Cabe señalar explícitamente que esta conclusión va más allá de la tesis de que el esquema es empíricamente válido. Mantiene que se ha demostrado que su validez empírica constituye un importante factor de la explicación de por qué se ha desarrollado. Claro es, hay muchos otros factores implicados, pero se pretende aquí que, de no haber sido porque sus autores observaron correctamente y razonaron convincentemente sobre sus observaciones, la teoría, tal y como ha sido presentada aquí, no se habría desarrollado. Sólo en virtud de esta tesis puede el estudio pretender realizar una contribución a la dinámica social.